

LOS NOMBRES DE LA ESPERANZA

CIERRE DE LAS JORNADAS – 23 de febrero 2025

Nos ha convocado en estas jornadas el lema: **Los nombres de la esperanza**. Por cierto, un lema muy sugerente, así que felicidades al equipo del área de Justicia y Misión de Confer por su acierto, por la preparación, la creatividad y buena elección del programa, por la buena organización contando con otros apoyos del equipo de Confer. Gracias a las diferentes personas que os habéis dispuesto para las ponencias y otras intervenciones que han enriquecido estos días y también agradecer a La Salle las facilidades de esta casa. A todos quienes habéis hecho posible este encuentro, a quienes habéis asistido en presencial o en virtual ¡GRACIAS!!

Decía que me ha resultado sugerente el slogan y me apetecía partir de ahí, casi “jugando” con la idea de los nombres, para estas palabras de clausura.

Creo que la esperanza sin nombre no existe, es falacia. Es teoría vacía que “se cae”, se desvanece ante tantas situaciones de injusticia que no solo sabemos, sino que sentimos y nos duelen en el día a día, a nuestro alrededor más cercano, y por desgracia en el mundo entero.

Como nos decía M. Vicente, la vida religiosa, por la amplitud y diversidad de presencias, somos una verdadera atalaya, que nos permite ser testigos de lo que sucede en nuestro mundo. Testigos no solo para ver, como meros espectadores, sino para estar embarrados en la realidad y para acompañar. Y es desde ahí que **tenemos por tanto la certeza y la suerte de ser testigos de la esperanza hecha real, encarnada en tantos nombres, rostros e historias concretas**, de lo que en estas jornadas hemos tenido una pequeña muestra.

NOMBRES, en primer lugar, de quien vive en esa parte de la historia considerada el reverso de la sociedad. Realidades que hay quien se empeña -quizás por miedo, por comodidad o por no exigírnos demasiado-, a mirar y mostrar tan solo superficialmente. Realidades sobre las que se enfatiza un discurso de riesgo o rechazo, para así justificar la inacción o reforzar discursos establecidos. Realidades que en ocasiones también se convierten en meras estadísticas, en algo impersonal, por tanto, sin nombres.

Aquí hemos sido testigos de una gran diversidad de injusticias que podrían hundir a las personas que sufren sus consecuencias en la desesperanza total, desde el fracaso del sistema social, el rechazo, la pobreza, engaños y una larga lista de vulneraciones de los derechos fundamentales de toda persona, que ellos y ellas han vivido en propia carne. Y, sin embargo, **cuando sabemos mirar, somos testigos y conocemos** cómo la fuerza interior de cada persona, la capacidad de resiliencia, las ganas de vivir, la fe en Dios o la fe simplemente en la vida y la confianza en sí mismas... hacen de sus trayectorias vitales **relatos concretos de esperanza. Sus vidas ponen nombre a la esperanza.** Son personas que han activado en su interior “el motor” de la esperanza del que nos hablaba Vicente.

Os invito, en un breve momento de silencio, a recordar, incluso nombrar en voz alta, algunos de esos nombres reales y concretos, de hombres y mujeres, jóvenes,

adolescentes, niños o ancianos... que **han sido y son para cada uno de nosotros, desde sus historias de superación, NOMBRES – VIDAS de esperanza.** (Breve silencio y nombrar)

¡Gracias a cada una de estas personas nombradas o simplemente recordadas!!!

Sus nombres deberían ser parte de nuestra oración. No solo para agradecerles y pedir por sus vidas. Sino casi a modo de una letanía, invocar esas vidas, esos **nombres e historias de esperanza que reafirman la nuestra.** A veces incluso desde el cuestionamiento, cuando en nuestras circunstancias que ni de cerca se asemejan a su dolor, impotencia o vulneración de derechos, nos descubrimos en el desaliento, el escepticismo, la pasividad... en definitiva la desesperanza. **Sus nombres son nuestro antídoto contra la desesperanza.**

También tenemos en nuestro interior otra lista de nombres. **NOMBRES, en segundo lugar, de personas juzgadas en ocasiones de ilusas, porque siguen empeñadas en construir un mundo mejor.** ¡De lo que en estas jornadas también hemos tenido una buena muestra!

Nombres de hermanas y hermanos de nuestra congregación o de otras congregaciones, miembros de nuestras familias carismáticas o de diferentes grupos de nuestra iglesia, que, con su entrega generosa, con su capacidad de escucha, compromiso y actitud misericordiosa y sobre todo con su fe, **han sido y son para nosotras aliento de esperanza.** Pero también personas que viven desde otros paradigmas humanos no explícitamente religiosos o de otras religiones, miembros de entidades sociales, ciudadanos y ciudadanas de a pie... “los santos de la puerta de al lado” que dice el Papa Francisco, que luchan y se comprometen por una sociedad más justa desde tantos ámbitos de la vida.

Personas que como también hemos podido conocer, intuir o incluso escuchar en estos días, **hacen de sus vidas un canto a la esperanza al no desistir frente a tanta sensación de impotencia.** Personas que tienen una palabra valiente de denuncia, un gesto cordial de acogida y cercanía, un compromiso discreto pero constante frente a quien necesita y lo hacen sin publicidad, sin buscar recompensas... Lo hacen simplemente porque en cada persona hay un hermano/a con los mismos derechos, por más que la sociedad se empeñe a pisoteárselos o a considerarlos “ciudadanos de segunda” o incluso “no ciudadanos”, por proceder de otros países, tener capacidades diferenciadas, identidades sexuales distintas o tantas razones que se eximen como excusa para discriminar.

Aquí también cosechamos una larga lista de testimonios y nombres de personas que han sido ejemplo, referente e impulso para sostener nuestro compromiso y sobre todo nuestra razón de ser y actuar. Quizás nos da un poco de pudor... pero posiblemente nuestros nombres también han sido en algún momento esa luz de esperanza para otros.

Por eso y porque **necesitamos no solo crecer en esperanza sino fortalecer nuestro ser esperanza para otros,** vamos igualmente a dejar un momento de silencio para recordar y seguido vamos a pronunciar el **NOMBRE de esas personas que con sus HISTORIAS DE VIDA han sido o son referentes de esperanza, empezando por nuestro propio nombre.** (Breve silencio y nombrar)

Nuevamente... ¡Gracias a cada una de estas personas nombradas o simplemente recordadas!!!

Sus nombres también deberían ser parte de nuestra oración, e igualmente no solo para agradecer y pedir por sus vidas... Sino esa letanía, esa enumeración de personas que son o han sido **mediadoras para el encuentro y reconocimiento del Dios que actúa en la vida**, a través de su firme esperanza, que igualmente cuestiona e interpela nuestras desconfianzas, a veces demasiado arraigadas y un poco como “Santo Tomás” exigiendo evidencias anticipadas o pidiendo seguridades antes de apostar y esperanzarnos.

Pues como decía Paulo Freire:

“Es preciso tener esperanza, pero esperanza del verbo esperar porque hay gente que tiene esperanza del verbo esperar y la esperanza del verbo esperar no es esperanza, es espera. Esperanzar es levantarse. Esperanzar es construir. Esperanzar es llevar adelante. Esperanzar es juntarse con otros para hacer que la realidad cambie”.

Nuestra esperanza no ha de ser del verbo “esperar” sino del verbo “esperanzar”.

Y para poner el broche a esta lluvia de nombres, creo que la secuencia en las intervenciones de estas jornadas nos ha llevado, con pleno sentido y casi de manera ineludible, **al GRAN NOMBRE: JESUS de NAZARET**. Pues para quienes estamos aquí, **es justamente de Él de donde nace, se nutre y sustenta toda esperanza**.

Mons. Vicente nos invitaba al inicio de las jornadas a abrir caminos de esperanza con los “últimos” de nuestra sociedad, señalando **que para los creyentes la esperanza es fruto de una fe firme en Dios y sus promesas, que aseguran el triunfo de la luz sobre las tinieblas**.

Hemos conocido tres experiencias, de diversos grupos y en distintas ciudades (de la mano de Bayt Al Thaqafa, Proyecto Semillas y Oblatas) que son encarnación concreta de esas promesas de Dios, hecha cercanía, acogida, vínculo, sueños... y tantos gestos más de luz y vida que nos transmitieron.

Amaya valcárcel, desde la experiencia del Servicio Jesuita a Refugiados pero también desde su propio testimonio de vida, nos hizo ver como las fronteras no solo nos desafían, sino como en ellas hay grietas por donde podemos inyectar luz y esperanza. Tanto desde los gestos sencillos y presencias valientes, como desde las grandes alianzas tan necesarias para tener como Iglesia una sola voz, que se sume a la del Magisterio de la Iglesia, tan pedagógicamente mostrado y actualizado por el Papa Francisco.

De la mano de Arantza Odriozola, nos hemos atrevido a reconocer y nombrar nuestros dones y posibilidades para dar. Pero también nuestras propias vulnerabilidades, que nos igualan y hermanan con toda persona y nos hacen entender en esta carrera de fondo que es el compromiso por la justicia, el valor y la necesidad del cuidado. Cuidado propio, como agentes sociales, en el trabajo en equipo, generando red... pero también el cuidado como responsabilidad institucional. En definitiva, diferentes modos de cuidar la esperanza en momentos de adversidad, para no caer en los “concursos de cansancios” o el desgaste, desde una compasión malentendida o pretender dar lo que (ya) no tenemos.

Y llegamos finalmente con Xabier Pikaza, al gran signo de la esperanza: un niño. Un niño que es Dios con nosotros/as y que expresa en las Bienaventuranzas su programa de paz. Un programa, el de Jesús, donde no caben vencedores ni vencidos, pero

Sí lágrimas de dolor y mansedumbre.

Sí arar nuestra tierra

Sí podar lo que nos distancia

Sí pacificar el corazón

Sí.....

Un programa de vida que sabemos le lleva a la cruz. Es la paz del Cristo Crucificado.

Por tanto, una esperanza quizás en ocasiones frágil, porque pasa y se prueba justamente en el transitar por esa fragilidad de la cruz. Pero una esperanza desde ahí más luminosa y posible, porque no depende de una experiencia, fortaleza o protagonismo humano, sino que **viene de Dios sustentada en la fe y en Cristo Resucitado.**

Hemos participado en unas jornadas de justicia y misión. Pero si nos paramos un poco y somos capaces de escuchar lo que se gesta en nuestro interior, podemos decir que **se nos ha conducido por un proceso de fe**, una oportunidad para reconocer a ese Jesús encarnado y Resucitado, que sigue manifestándose en los signos de los tiempos, en nuestra historia y vidas, **si somos capaces de rastrear los nombres de la esperanza, para finalmente concluir que el gran nombre de la esperanza es JESUS. ÉL ES NUESTRA ESPERANZA. Él es fiel, no falla, no nos defrauda y sustenta la esperanza... contra toda desesperanza.**

Para concluir, a toda esa colección de nombres incorporémosle los apellidos que Jesús Miguel nombró en la apertura ¿Recordáis? Fe, luz, ilusión, renacer, vida, resiliencia, milagro, camino, destino, horizonte... Porque Dios nos regala “esos apellidos” al hacernos a imagen de Su Hijo. Al salir por la puerta, somos llamados a hacerlos propios, subiéndonos, como no, al tren de la paz, que es también el tren de la esperanza.

Así lo vamos a celebrar y agradecer con la Eucaristía, el modo mejor de concluir estas jornadas.

¡Muchas gracias!! Y a seguir, en sintonía con el Jubileo, **siendo con nuestros nombres y los que llevamos en el corazón, peregrinos y peregrinas de esperanza para el mundo.**

Lourdes Perramon Bacardit
Oblata del Santísimo Redentor
Vicepresidenta Confer